

inspirada siempre en la luz lujuriosa de los archipiélagos jónicos, no aparece la ojiva, sino el arco de Tito y la columnata del Coloseo. Es el culto de las humanas formas, que inmortalizó el arte griego; la devoción á lo que piensa y vive, que endiosó las pasiones y hasta los vicios en Atenas, lo que resurge, anunciando el fin de la Edad Media y el renacimiento universal. Así, en la frente pensativa de sus santos creyentes está la duda luterana, como en la arrogancia de sus actitudes fulmina la protesta definitiva de Servet.

Don Alonso es toda una época. Valladolid tiene todavía su propio espíritu. Es el alma de una generación de hidalgos, que se prosterna ante las hornacinas de las encrucijadas y se rebela luego, arcabuz en mano, contra la imposición de obispos y abades; que reza en San Benito y riñe en el Campillo, pronto á la plegaria como á la blasfemia; generación aventurera, que ha de llevar sus ambiciones, denuedos, supersticiones y arrebatos á Flandes; mundo de caballeros y de hidalgos, en que los mismos campesinos se cubren con fieltros que parecen chambergos y en que las dagas de los hampones muestran guardas y longitud toledanas. Lucha de dos universos ideales la suya, es el espacio transitivo entre un crepúsculo y una aurora. Las vestes, las ropillas, las callejas, los autos de fe, los suplicios, los ritos piadosos, tienen la lobreguez del primero. Pero el Arte, que es siempre lo primero que se emancipa, muestra ya la serenidad, el contento, el ansia de vivir, la esmerilada transparencia y el vaho germinador, el olor á terruño fecundado de la segunda.

Berruguete es todo eso y aun algo más. Y por ello,

después de muerto, consagran su inmortalidad, no ya los artistas, sino los jueces, con deposición de testigos, que juran por los Evangelios: «—Digan los testigos, si saben—se pregunta en el pleito de Cáceres—, que Alonso Berruguete era tan docto y perito en las artes de Pintura, de Escultura y Arquitectura, que en ellas era el más famoso que en su tiempo, ni antes, ni después acá, se vió ni conoció en los reynos de España.» Y los testigos dijeron unánimemente: «—Es cierto.» Y «Sí, juro».

La casa de Berruguete fué un taller prodigioso, en que el artista hidalgo, émulo en diversidad de aptitudes de Miguel Angel y de Cellini, trabajó con ansia febril preparando el lienzo, la estatua, el sepulcro, el retablo ó la sillería coral que había de enviar á Toledo, á Granada, á Madrid, á Cáceres, Nájera, Salamanca ó Palencia. No es posible pasar ante sus muros sin recogimiento solemne, sin prestar atento el oído al golpe del mazo y del cincel que sonó en las tinieblas de la primera mitad del siglo XVI como el martillo de un gigantesco cíclope que arranca del centro de la tierra, para pulirlo y cincelarlo, el bloque rebelde y prodigioso, cálido y palpitante, de la Humanidad nueva.

Valladolid.

### EL PALACIO DE VALVERDE

No se deja Valladolid sin pena. No la dejó Carlos I cuando fué á esconder sus agudas neurastenias en Yuste; menos pudo hacerlo aquel rey Fernando

cuando fué á morir á Jaén. La Historia, aquí, se llama piedra; el Arte, maravilla, y el trato, ingenio y hospitalidad.

Hay un vigoroso contraste entre la actividad comercial y la suntuosidad de las vías, y los edificios modernos, y las evocaciones del mundo antiguo, que contribuyen á formar, en quien se aleja, tal estado de ánimo. Al llegar, no se han visitado los templos románicos, godos ó del Renacimiento, ni las solitarias encrucijadas y callejas, y sorprende la magnificencia del Campo Grande y de las vías comerciales y céntricas. Se experimenta el ansia de vivir y de trabajar que nos acompaña en las grandes urbes. Pero, al llegar la hora del regreso, se siente la necesidad de visitar de nuevo las ruinas adustas de un pasado sugestionador y glorioso. Todo parece más interesante y melancólico. La pátina del tiempo da á todas las cosas una perspectiva otoñal.

En Valladolid, á la llegada, se es siempre joven, y viejo siempre á la despedida. Sea cualquiera la fecha en que se haya nacido, se tiene al llegar diez y ocho años, la edad de Romeo; al dejarle, se tiene indefeciblemente setenta, la edad del rey Lear.

Y place contemplar en la noche estrellada los viejos casones, que rememoran historias ó leyendas. La fogsidad de la vida está escrita en ellos todavía con más intensidad que en las coplas de Jorge Manrique; se ve cómo el placer hiere y punza después de acordado; cómo se va la vida «tan callando»; cómo fué mejor el tiempo que ya es ido, y de qué suerte nuestras vidas van, silenciosamente, al mar de la muerte, como corren al Océano estos ríos legendarios y heroicos.

Hay un edificio vetusto, ante el cual se experimenta una sensación extraña de curiosidad y de asombro. No se alzan sobre sus ángulos las torres de la Casa del Cordón ó la de los Duendes; carece de la severidad grecorromana de la portada de la casa de Fabio Neli; no tiene las afiligranadas labores del Renacimiento de la del marqués del Infantado, ni el pintoresco patio de la de los duques de Benavente. Es grande, sombría, austera en su armónica sencillez y en sus severas y bien proporcionadas líneas. Pero sobre ella ha pasado un aliento trágico, y en uno de sus ángulos cuentan las populares consejas que simbolizó un viejo marqués de Valverde, en una figura obscena de proxeneta, el adulterio y la infidelidad de su mujer infame.

Sorprende en verdad que en un palacio, cuya traza y ornamentación justa y severa revela la austeridad y nobleza de su poseedor, aparezca en plena fachada la imagen de una hembra irrecatada que muestra sus más íntimas impudicias. La explicación que da la leyenda es absurda é inaceptable, conociendo el carácter castellano y el sentimiento del honor predominante en la época en que la casa de Valverde fué construída.

Cifró el marqués—según la leyenda—amor, fortuna, felicidad y honor en su esposa, hembra bellísima, quien, aprovechando su ausencia, faltó á la fe jurada con un paje de su servicio. No quiso el marido agraviado seguir el ejemplo de «Á secreto agraviado, secreta venganza», ni de «El médico de su honra»; pero acudió á la Chancillería y al monarca; luego, obtenido el castigo de los culpables, perpetuó en la imagen obscena, que hizo colocar sobre una

imposta, en infamante medallón, la liviandad y lascivia de la infeliz adúltera.

La historia es absurda y disparatada: miente. No hubo, ni hay, ni habrá en Valladolid un solo caballero capaz de cometer tan despreciable villanía. Aquí se mata ó se perdona, pero siempre con dignidad. Quien inventó tan grosero argumento, desconocía el alma castellana, magnánima y piadosa para con el débil; cortés para con la mujer, aun siendo liviana; noble y compasiva para con el vencido.

Fué un escultor quien cometió semejante desaguisado, como el de trazar en un medallón una obscenidad sin motivo ó pretexto; fué acaso un monarca quien pretendió afrentar con notoria injusticia á un noble sobrado turbulento. La leyenda del adulterio y de la pena vergonzosa es falsa: pugna con el alma caballeresca de Valladolid. Hoy, como ayer, es noble, es hidalga; por eso se la admira en su pasado y en su presente; por eso se la abandona con tanto pesar.

Valladolid.

### LA CASA DEL CURA

Por altas imaginativas y no más ruines quebrantos desvelado, transitaba yo, no ha muchas noches, por una de las medrosas y solitarias encrucijadas del legendario barrio de Santa María. Abstraído en no sé qué lucubraciones y desasosiegos, vine á topar con el lugar en que se alza aquel templo que el vul-

go denominó de la Antigua; digo aquel que describe con tanta pulcritud como minuciosidad el Tudense, atribuyéndole á la munificencia de Pedro Ansúrez y de su caballeroso yerno Alvar Fáñez. Embebecido estaba contemplando la prodigiosa fábrica, cuando en las sombras adelantóse hacia mí un hombre de osado y desenvuelto ademán, ante cuya extraña y peregrina figura hube de quedar absorto y perplejo. Era el tal como de cinco lustros, y vestía calzas atacadas, jubón prieto, zapatos de hebilla y gorra abullonada de terciopelo segoviano. Preguntéle su nombre, y él contestó al punto que era el alma de Maese Tomé Giralté, de Valoria la Buena, la cual velaba en aquellos sitios por la conservación y decoro de la más bella de sus obras.

—¡Cuerpo de tal!—le dije—. ¡Y cómo andáis de lucio y rozagante! ¡Os hallo, en verdad, con sobrados medros y aventajamientos para ser un ánima! A lo cual Tomé: —Hais de saber—dijo—, seor hidalgo, si á bien lo fuereis, que es propio de toda ánima de buena crianza no mostrarse groseramente en polvo y piltrafas, *pelis et osa*, sino con su carne y vestidura mortal. Y aquí donde me veis, no soy un ánima cualquiera, sino nascida en Cantarranas y criada en el Azoguejo. —Siendo así—repliqué—, bien podéis vagar como os viniere en mientes y aun alternar con el mismo Papa.

Llegado aquí el coloquio: —¿Seréis servido de decirme—le pregunté—qué bueno buscáis por estos contornos? —Ya os dije—contestó—que velo por la más cara de mis obras, pues yo soy el maestro alarife que construyó esa casa del cura, que veis adosada al templo como al cuerpo desaseado una liendre.

—¡Vive Dios, seor bellaco—hube de contestarle—, que pudierais haber invocado mejor título á mi respeto y cortesanía! ¿Y es posible que os enorgullecáis de haber afeado una de las obras más prodigiosas del arte bizantino? —No toca, ciertamente, á los padres—replicó algo confusa el ánima—sacar á luz las faltas de sus hijos, á los cuales siempre ha de disputar por bellos y acabados, aun cuando ellos sean los más viles engendros que pueda soñarse. Cuanto más, que no fué mía la iniciativa, sino de Nuestra Santa Madre la Iglesia, que no puede engañarse ni engañarnos.

Temeroso de incurrir en grave herejía, no le hice más reproches. —Confesaréis—le dije—que esa torre gentil de cuatro cuerpos, de aéreos y delicados ventanales, afeada en su base por ancha faja de cascote; que ese ábside severo, ornado por engalanadas ojivas; que ese admirable pórtico y sus arcos, orlados por molduras cilíndricas, y sus semicírculos, tapiados por imprudentes adosamientos, claman por una sabia restauración. —Ahí le duele—gimió el ánima de Tomé—. Mirad, si os place, arriba, y veréis el complicado andamiaje para comenzarla. Si ella se lleva á cabo, caerá seguramente la casa del cura, y con ella mi gloria de artífice. —¡Plegue al cielo—exclamé—que así sea, para baldón de clérigos burdos y alarifes chirles, que de tal guisa profanarán la hermosura de la más preciada joya vallisoletana.

Pasados que fueron algunos instantes, me aguijoneó la curiosidad, y pregunté á Tomé cuándo comenzarían las obras. —No puedo deciros, señor—dió como respuesta—, sino que hace más de veinte años que se pensó en la restauración, que habrá de hacer-

se por cuenta y riesgo de las arcas reales, y más de tres que se colocó el andamiaje, y aún no se ha dado el primer golpe de piqueta, á tal punto que el madramen, que costó obra de doscientos y setenta buenos ducados, algo más que el retablo de Juan de Juní, lleva trazas de ser roído por la humedad y la polilla y de venir á tierra con el más estruendoso fracaso, si Dios Nuestro Señor no oye mis votos y oraciones.

—¡Vive Roque!—grité indignado—. ¿Y esas tenemos? Desta suerte, ya podéis, buen Tomé, retiraros á dormir á vuestra sepultura, bien seguro de que antes que la iglesia pueda ser restaurada, llegará el día del Juicio final. Al cabo, han de poder más vuestros adosamientos y adobes que toda la solidez del monumento. —¿Tan tardos y reposados son—preguntó el alarife—nuestros Gobiernos en España? —Ellos son tales—contesté—, que no les hará salir de su paso la lanza de Aquiles. No parecen sino recriados en el Azoguejo. —Siendo ello así—exclamó, ya más sosegado, el espíritu—, torno á mi osario, desde el cual siquiera no se ven esas luces tan encarnadas que privan de todo su encanto á la vieja Valladolid. —Bien podéis hacerlo—insistí—, y que Dios premie vuestra diligencia. Andad en buen hora, y si topáis por los Campos Eliseos á la sombra del buen Alvar Fáñez, comunicadle la infausta nueva, bien seguro de que no habrá de donaros albricias.

Valladolid.

APILIA ALFONSINA

EL ASILO DE LA CARIDAD

No hay mendicidad en Valladolid; se empeñó en suprimirla un hombre, y la ha suprimido. ¿Un gobernador? ¿Un alcalde? ¿Un obispo? ¿Un millonario? Nada de eso. No hay mendicidad porque lo hizo cuestión de amor propio un particular, que no tiene hijos, y se obstinó en ser padre de los desvalidos: D. Federico Tejedor.

Tejedor es un hombre vigoroso, campechano y simpático. En cuanto supo que su empresa ofrecía serias dificultades, se enamoró de ella.

—Nada conseguirás—le dijeron—. Madrid ha fracasado en este empeño.—Nosotros, no—dijo como respuesta—. Hay muchos hambrientos.—Comerán.—Hay legión de vagos.—Trabajarán.—Te será hostil el clericalismo.—Lo tomará en dos veces.—No tendrás ingresos.—Los inventaré.—Alguien se lucrará.—Lo llevaré á presidio.—En el momento en que te duermas, vendrán los abusos.—Me estaré despierto.—Las dificultades nublarán el sol.—Pelearnos á la sombra.

Tejedor pidió á todo el mundo—esto era hace cuatro años—, y reunió la fabulosa suma de diez mil pesetas.—¿Lo ves?—le increparon—. Ya tienes para una semana.

Tejedor llamó y organizó el Asilo de la Caridad. Este año el Asilo ha procurado estancia higiénica, alegre y ventilada á todos los centenares de mendi-

gos que antes carecían de albergue, ha servido «doscientas treinta y tres mil» raciones de comida sana y abundante y tiene en caja «¡treinta mil duros!».

Es natural, dirá quien esto lea; los donativos serán cuantiosos. Pues no lo son. Los donativos de este año no llegan á veinte mil pesetas. Los suscriptores son poquísimos, y algunos, por cantidades insignificantes. No ha habido manda ni legado importante. Entra en caja poco dinero; pero, eso sí: todo el que entra es para los pobres. Allí no come nadie á costa del prójimo. No hay mas que tres ó cuatro empleados modestísimos; ni siquiera hermanitas de esta ó de la otra Congregación. La Junta trabaja de balde en una sala cuyo mobiliario no vale cien pesetas. Hay en el salón de sesiones una percha excelente, que ha costado cuatro reales; una mesa, tasada en veinticuatro, y un sillón para la presidencia, bastante confortable, justipreciado en tres. Pero los asilados tienen en la despensa más de tres mil pesetas de aceite, arroz, alubias, garbanzos y comestibles varios; ocho mil pesetas de paño en los roperos, dos mil en útiles de cocina y ciento veinticinco mil en el Banco. Están colorados y lucios, y se han redimido unos de la miseria, otros de la vagancia y no pocos del alcoholismo. Los hombres útiles trabajan en su oficio ó como ordenanzas de los comercios. Las mujeres cosen y ayudan. Ahora se gestiona de las Compañías pase gratuito para los pobres transeuntes. Si Tejedor tuviera en su poder el capital de la Orden Venerable Tercera, se acababan los pobres en Europa.

Los auxiliares de Tejedor son otros varones del mismo bronce. Son el alcalde Aguirre, manojo de nervios y de sanos y honrados propósitos, y luego,

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

ocho ó diez apellidos castellanos: Rubio de Medina, Mata, Peña, Velicia.

—Denme ustedes sus nombres—les he dicho. Y lo han escrito en un papel y luego han dejado el papel yo no sé dónde. ¿Qué importa? Los conoce Valladolid entero.

Estos hombres de corazón son incansables. No duermen, imaginando arbitrios. Organizan corridas de toros, y no hay torero, ganadero ó contratista que se vaya sin su sablazo. Disponen tómbolas, dan conciertos, venden flores, alquilan sillas, rifan cerdos y presumo que hacen sortilegios. Dentro de pocos días se pondrá la primera piedra del nuevo edificio, cuyos planos asombran y maravillan. Y se hará el edificio. ¡Vaya si se hará! Se lo han propuesto y lo consiguen, y, además, lo ha dicho Tejedor.

Valladolid ha depositado en estos hombres una fe ciega. Sus cuentas son precisas, claras, contundentes y las ve todo el mundo. A los madrileños, acostumbrados á ver perderse en manos de intermediarios muchos millones de pesetas al año destinados á la caridad, esta conducta, esta organización, se nos antojan espartanas. Acabarán por ser los legítimos administradores de la caridad vallisoletana, y en algunos sitios, los inveterados despilfarradores de la piedad se desesperan y se tiran de las cogullas. El Asilo de Caridad no es anticlerical, y hasta tiene una hermosa capilla, á que asiste el que quiere. Lo anticlerical es el procedimiento. ¡Cómo! ¿Un Asilo sin Congregaciones, sin empleos, sin gangas y, cual dicen gráficamente los chicuelos, sin un bote de que ir chupando? Eso no puede ser: se le hace una guerra al Asilo, implacable. Se aconseja á los fieles que

no le protejan. Se le cree poco ortodoxo. Cuando va á visitarle un periodista liberal, sus colegas ultramontanos, invitados también, se abstienen de hacerlo. Aún hay clases. Tejedor sonríe: él es cristiano á machamartillo y no se ocupa en discusiones de secta. A salvar á los pobres. Si viene un periodista y hace propaganda, mejor, aunque sea un hereje. Tal vez se condene al darle la mano; pero está seguro de que, en la liquidación de cuentas terrestres y divinas, ese será el único pecado venial.

Pronostico al Asilo un porvenir espléndido. El que deje manda, legado ó fideicomiso piadoso que no sea para el Asilo de Caridad, demostrará no ser un lince, si es que no comete una enorme falta. Lo peor será que algún día, cuando haya en caja varios millones, querrán inmiscuirse en la gestión gentes que ahora ni siquiera lo intentan porque sólo produce desasosiegos. Hay que salir al paso á este peligro y dejar bien atados los cabos para que tal no pueda ocurrir.

Quien esto escribe ha presenciado en el comedor la cena de los asilados. Eran casi todos ancianos, aseados, corteses, sanos y satisfechos. Luego han entrado los desvalidos de la calle, niños, mujeres, obreros sin trabajo; y han comido su pan candéal y sus manjares limpios y calientes. Era un espectáculo subyugador el del comedor, blanco, iluminado como el de un hotel, reluciente de pulcritud. Al final han entrado unos cuantos niños y no pocas mujeres; han entregado quince céntimos y se les ha llenado una escudilla.

—¿Quiénes son éstos?—he preguntado á Tejedor.

—Son—me ha dicho—hijos y mujeres de trabaja-

dores con pocos ingresos ó á quienes la desdichadísima temporalmente su haber. Se les vende razones en que, naturalmente, pierde el Asilo. De esta manera se les socorre sin humillarlos: no piden, compran. Lo primero que ha de tener la caridad es no ser humillante y mostrarse siempre discreta.

Al oír estas palabras, me he descubierto. ¡Qué lástima que, por no concederme la alternativa de escritor, no las hayan oído los periodistas del otro bando!

Valladolid.

## CUORE

No gusto de la lidia de reses bravas; tal vez no tengo el paladar bastante educado; pero idolatro las fiestas de niños. Por instinto, me place, antes que admirar pasivamente el valor ajeno, dispensar, protegiendo á los débiles, la fortaleza propia. Por eso he aplaudido con entusiasmo y me he conmovido presenciando la apertura del curso escolar.

«La apertura del curso—dice la ley de Instrucción pública—se hará con la mayor solemnidad posible.» Ya sabéis lo que significa en España la palabra solemnidad. Es algo frío, aparatoso, ritual. Las solemnidades de la Enseñanza son, por consiguiente, anti-páticas: ceremonias celebradas en lugares sombríos por unos cuantos funcionarios hieráticos. Un señor de mirada olímpica que, como los pastores religiosos de Hartmann, viste de negro y habla de Moral honestamente, pronuncia varias docenas de senten-

cias, que él supone definitivas, en un sonsonete magistral. Luego, los augures togados saludan, sonríen, desfilan, y el público sale del salón convencido de que aquello tiene una transcendencia enorme para el escalafón de catedráticos y la venta de los libros de texto, que han de desasnar á la Humanidad.

Valladolid no lo entiende así. Ha querido que la inauguración del curso escolar sea una verdadera fiesta luminosa, cálida, alegre, de íntima compenetración entre maestros y discípulos. Y ha celebrado el comienzo de las gratas tareas escolares como debiera hacerse en todas partes y no se hace en ninguna: invitando á todos los niños á llenar un teatro de tonos alegres, abierto á los esplendores del día, adornado con guirnaldas de flores, alegrado por músicas, aireado por la brisa perfumada de los jardines y llevando á las autoridades, al rector, al capitán general, al gobernador, al alcalde, al obispo, á los profesores y á las eminencias de todo género, no á aburrir á los niños, sino á regalarles ramilletes de flores, cajas de dulces, á hacerles caricias y á decirles «cosas». Y los niños—es natural—han aplaudido y, como en *Cuore*, han dado vivas á la Escuela. Aplaudían en el patio de butacas centenares de niñas, mostrando en las cabecitas blondas ó morenas, pero siempre purísimas, lazos con los colores nacionales; aplaudían los niños, que ocupaban toda la parte izquierda de las lunetas, también engalanados con lazos de colores áureos y sangrientos. Palmoteaban en las galerías los alumnos de las escuelas municipales, y en los palcos sonreían maestros y maestras: ellos, jóvenes entusiastas ó curtidos en la enseñanza, como gladiadores de la mentalidad; ellas, elegantes, bellísimas,

dignas de todos los laureles y de todas las rosas. Y aplaudíamos, con el corazón reventando en el pecho, la garganta oprimida y los ojos humedecidos por la ternura, cuando veíamos en aquella fiesta «única», incomparable, la redención y el enaltecimiento del niño, la transformación de la Escuela, destinada en adelante, como aconseja Pestalozzi, á ser madre, el ejemplo dado á todas las provincias de España por los maestros, las autoridades, el pueblo, la cultura de la ciudad de Valladolid.

El efecto del patio era estupendo. Nada más ventilado, nada más claro, de tonos más alegres que el teatro Pradera. Nada más pintoresco que verle lleno totalmente de niñas vestidas de tonos delicados y niños de alegre indumentaria y mejillas pródigas en color y salud. Los que no sentimos la patria sino cuando ella lo merece, experimentábamos el ansia de reverenciar y besar la bandera; los que no creemos en el mundo oficial, admirábamos á los personajes que se inclinaban para recibir el aplauso cerrado de los niños. Aquellos profesores enseñarían ciencia y virtud, aquellos militares se batirían por la Patria de veras, aquellos funcionarios cumplirían honradamente su digno mandato. La Patria grande, la auténtica, nacía. ¿Qué temer de los enemigos de fuera? Los vándalos mismos se habrían descubierto y hubieran arrojado su espada. Darnos doscientas poblaciones que imiten y habréis fortificado, no el territorio, sino las almas, que son las que conquistan los pueblos y esculpen la Historia y dejan una estela de luz sideral en la inmensidad del Espacio.

¿Qué dijo desde el escenario la bella é ilustradísima profesora-regente de la Normal, señorita Irueste?

Conceptos elevados, frases de rotundez helénica. Pero los niños sólo vieron que suspiraba, que sollozaba, que les tendía, amante, los brazos, y prorrumpieron en aclamaciones y vítores. ¿Cuál fué la elocuente disertación del alcalde, D. Cesáreo Aguirre? Seguramente, un merecido elogio de la Junta provincial de Enseñanza y del pueblo vallisoletano, del iniciador de la fiesta, D. Emilio Gómez, al par que un alarde de digna modestia; pero los escolares vieron únicamente que su voz era trémula, que hablaba con sincera emoción, y le enviaron besos y aplausos. ¿Qué dijo en nombre del Gobierno Natalio Rivas? Cosas muy inspiradas y muy nobles. Pero cuando la ovación fué estruendosa, fué cuando prometió en nombre del ministro seguir esta orientación educadora de amor y humanidad, proteger á los niños y ayudar á Valladolid, puesta la mano sobre el corazón. ¡Cómo sonreirán ante estas niñadas los taurófilos, partidarios del encierro y de la palmeta, de la retórica de «El Enano» y de la majeza y elegancia del «Analfabeto III» ó del «Cerrojo Chico»!

«No somos nosotros—ha dicho un pedadogo ilustre, D. Eugenio Bartolomé de Mingo—los que hemos de enseñar á los niños, sino los que debemos aprender de ellos. Educar no es incrustar en el cerebro de una criatura definiciones ú opiniones hechas, sino «educir», sacar la propia personalidad y espontaneidad, «ayudando» á formar el carácter, la voluntad y el raciocinio.» ¡Cómo recordamos ayer no pocos de los espectadores á la inolvidable y augusta Institución Libre de Enseñanza! No, sabio Giner; no, maestro entrañable y paternal: no se ha echado á páramos la semilla. Ella ha prendido, ella fructifica.